

Vino y rosas en el Noroeste

Querida Loyola...

Soy un escritor serio, poco dado a bromas y juegos de ocasión, pero ya en mi adolescencia empecé a observar que el verano le ablanda a uno la sesera y lo lleva a maquinar taladas. Pienso que si en éste, que nos viene pródigo de calores y pasiones, se me concediera una noche excepcional para compartirla con persona de mi gusto, no dudaría en ofrecérsela a usted, y en esas me encuentro, doña Loyola, escribiéndole esta carta invitatoria que acaso roce la utopía. Pero de menos nos hizo Dios.

Le diré, por de pronto, el cuándo y el cómo del nacimiento de mi afición por su persona. Fue al verla en el periódico, una mañana en que venía su retrato. Soy ajeno a las artes y artimañas del periodismo, pero imagino que a un director le ponen delante un montoncillo de fotografías y él elige con intención, y así a un personaje público podemos verlo favorecido o en el gesto infamante de expurgarse la nariz.

Usted estaba sencillamente, en éxtasis místico, próxima a la levitación, y lo que me cautivó fue la claridad con que pude ver en usted a una mujer piadosa, pero sin traza de nona o de beata. Y estaba hermosa. No intentaré adjetivos menos gastados. Sencillamente, hermosa. Renové entonces mi desacuerdo con los educadores de mi reprimida juventud, obstinados en que sus pupilos se enamorasen de las virtudes menos visibles y palpables de la mujer, o sea: del alma de la mujer.

«¿Y lo del cuerpo?»

«¡Nada! ¡Pasto de los gusanos!»

Usted, bienquerida Loyola, me confirmó en que las prendas interiores (del espíritu, quiero decir) lucen más y al Creador más alaban si contenidas en una arquitectura de mujer compacta, de pelo a su aire, la tez morena y como si siempre estuviese recién lavada, recusadora de afeites (la describo a usted), y el sostén de unas piernas que se muestran en el punto conveniente al pudor y a la exhibición que dicta la condición femenina.

Anímese, doña Loyola. Escuche, al menos, el diseño de mi trama -¡ay, las tramas!- para que usted y yo pasemos una noche inolvidable... Y pensemos ya en el

lugar de nuestro esparcimiento. Desde luego, no la veo a usted en playa hormigueante ni en hotel o vivero de moda donde mal puede esquivarse el acoso de los correveidiles del corazón, por usted lo digo, que no por mi condición de contador de historias, sin mayor relevancia pública.

Venga conmigo a Pasárgada.

Suena a lo lejos, pero no lo es tanto. Yo suelo ir con frecuencia. A veces, sin apartarme de la mesa en que todos los días escribo. Puedo ir, incluso sin salir de mis pensamientos:

«Vou-me embora pra Pasárgada lá sou amigo do Rey lá tenho a mulher que eu quero na cama que escolherei» .

«Voy ahora para Pasárgada / allí soy amigo del Rey / allí tengo la mujer que yo quiero / en la cama que escogeré». Manuel Bandeira escribió estos versos, el poeta brasileño era tuberculoso, no le dejaban ir en bicicleta ni montar en burro bravo ni hacer el amor, cuando todo eso era normal y permitido en la Pasárgada que soñaban sus versos.



Pero no exageremos. Le propongo una Pasárgada que se alcanza con sólo unos cientos de kilómetros de autovía, de esas que su amigo Álvarez Cascos anda bendiciendo con las tijeras de cortar la cinta, y es lugar occiduo y reservado donde sólo hay poetas y soñadores y bebedores del vino de la noche, y todos saben relatos que pondrían en apuros al eremita san Antonio. ¿Recuerda? La reina de Saba (usted ha leído a Flaubert) se viste (o desnuda) en plan provocador, se presenta al solitario y lo tienta con sus encantos perfumados. Y nada. Pero la reina: «Yo traigo un montón de historias para contar, cada una más divertida que la anterior». Y entonces, sí, el pobre eremita flaqueando en su devoción y tirándose de la barba desaliñada.

El vino de la noche, he sugerido para nuestro encuentro. No la imagino a usted en esa pose tontorrón y hortera de los «tragos largos»: un poco de alcohol exótico y un mucho de sifón como le llamábamos antes, ahora con piedras de hielo para que al remover las copas displicentes haya un tintineo cosmopolita. Vino tinto, vino rojo, vino del que sale en la Biblia que usted conoce tan bien como los códigos de la Comunidad Europea.

Venga, pues, doña Loyola, que en esa ciudad que digo las noches son mágicas,

por menos de nada acuden personajes ya borrosos que por aquí anduvieron, quizá el heresiarca Prisciliano, o don Álvaro Cunqueiro o la muy viajera Eteria, pródigos de fabulaciones. Yo haré por seducirla con mis propios cuentos, artes que más serán de un Bradomín maduro (no la engañaré: voy haciéndome mayor) que de un playboy exhibidor de musculaturas. Y de broche platónico, cada uno a su cama y Dios en la de todos. Yo invento mucho, fantaseo mis erotismos diocesanos, pero a la hora de la verdad soy de la generación del 98, que en el fondo tiramos a castos. Y tú eres una dama virtuosa, esto en lugar primerísimo.

Cuando pase el verano, este verano locuelo, todo será distinto para ti. (Sólo unos pocos los sabemos). Y ya no habrá lugar adonde no te siga, admirada Loyola, un ejército de honores. Sería hermoso que alguna vez te acordases de («nuestra noche», en tu próxima residencia de las afueras de Madrid. ¡Esos atardeceres del oeste en la Moncloa!

Antonio Pereira

Fotografía Pepe Abascal

ANTONIO PEREIRA es uno de los grandes maestros del relato breve de las letras españolas. Entre los títulos más recientes del veterano autor leonés, galardonado con el Premio Castilla y León de las Letras, se encuentran *Me gusta contar* (Taller de Mario Muchnik) y *Cuentos de la Cábila* (Edilesa)